

eno) que les respondió: *Non los mate, porque non vide barbas.* Supieron los cristianos, y aplaudieron todos el hidalgo proceder del musulman (1). Repuestos los castellanos, y socorridos por algunos caballeros, hicieron cejar á los feroces gomeles, y defendieron heroicamente el paso por donde Hamet el Zegrí intentaba penetrar hasta el pabellon real con intencion de apoderarse de los reyes. Una piedra lanzada por una catapulta aplastó la sien y cortó la palabra y la vida al fervoroso alfaquí que con su bandera en la mano exhortaba á los infieles y les prometía la victoria. La muerte del pseudo-profeta desalentó á los moros, aglomeráronse fuerzas cristianas, y los fieros gomeles tuvieron que volver la espalda á refugiarse en la poblacion, con pérdida de muchos de sus mas bravos campeones. Desacreditóse con esta derrota Hamet el Zegrí, tanto que temiendo la exasperacion y la saña del pueblo se encerró con algunos gomeles en Gibralfaro, donde en un arrebató de cólera estuvo tentado á bajar con sus soldados á la ciudad, matar á los niños, á los viejos y á las mujeres, incendiar la poblacion, y arremeter en seguida á los cristianos hasta vencer ó morir. Pasado que le hubo este loco frenesí, determinó defenderse cuanto pudiera en el castillo, y abandonar á su propia suerte la poblacion (2).

Tan pronto como los malagueños se vieron libres del tiránico yugo de Hamet el Zegrí, acosados tambien por el hambre horrorosa que se padecía, acordaron que una comision de moros principales, á cuya cabeza habia de ir el opulento comerciante Ali Dordux que siempre habia sido el primero en estas comisiones, saliera á proponer á los reyes de Castilla la entrega de la ciudad con tal que les diesen seguro para sus personas y bienes, y les permitiesen pasar á Africa ó vivir como mudejares en Castilla ó Andalucía. Respondióles Fernando por medio del comendador mayor de Leon, que era ya muy tarde y habian sido demasiado obstinados para obtener tan ventajosas condiciones, y puesto que solo el hambre los obligaba á capitular estuviesen á lo que el rey quisiese hacer de ellos, «conviene á saber, lo que á la muerte, á la muerte, é los que al captiverio, al captiverio.» Comunicada por los emisarios tan dura respuesta á los vecinos de la ciudad, enviaron á decir, que si no se les concedia seguro para sus personas, colgarian de las almenas hasta quinientos cristianos, hombres y mujeres que tenian cautivos, pondrian fuego á la poblacion, arrojarían á las llamas sus familias, y saldrían todos á morir matando cristianos, de tal manera que el hecho de Málaga resonara en todos los siglos y en todos los ámbitos del mundo. Fernando se mantenía en su primera respuesta, añadiendo que si mataban un solo cristiano, no quedaria un moro en la ciudad que no fuese pasado á cuchillo. Al fin acordaron enviar catorce representantes de los catorce barrios en que la ciudad estaba dividida, con una carta para los reyes que comenzaba: «Alabado Dios Todopoderoso. Á nuestros señores, á nuestros reyes el rey y la reina, mayores que todos los reyes y todos los príncipes, ensálceos Dios; encomiéndanse en la grandeza de vuestro estado, y besan la tierra debajo de vuestros piés vuestros servidores y esclavos los de Málaga, grandes y pequeños; remédielos Dios, y despues de esto ensálceos Dios. Vuestros servidores suplican á vuestro estado real, que los remedie como conviene á vuestra grandeza, habiendo piedad y misericordia de ellos, segun hicieron vuestros padres y vuestros abuelos los reyes grandes y poderosos, etc.»

No obstante lo humilde de esta carta, algunos capitanes cristianos proponian que se hiciese en los moros malagueños un degüello general para que sirviese de escarmiento á otros. Opúsose la reina Isabel á tan sanguinaria proposicion, diciendo que no permitiria que sus victorias se empañaran con tales actos de crueldad, y Fernando les contestó que no cumpliera á

(1) Bernaldez, Reyes Católicos, c. 84.

(2) Pulgar dice que se retiró á la Alcazaba, lo cual no es verosímil. «Y el dolor (dice) que se ovo en la ciudad de aquel vencimiento, é los llantos de los homes é de las mujeres que facian por los muertos é por los feridos, fué tanto grande, que aquel capitan principal no osó estar en la ciudad, é se retraxo al Alcazaba; é dixo á los moros, que ficiessen partido de entregar la ciudad con todas sus fortalezas al Rey é á la Reyna.» Crónica, p. III, c. 92.

su servicio recibirlos de otra manera que entregándose á discrecion, «salvo dándoos á mi merced.» Ali Dordux inclinó á los malagueños á que aceptaran en estos términos la rendicion. En su virtud, entregados al rey veinte nobles y principales moros en rehenes, concedida licencia de permanecer en Málaga como mudejares á cuarenta familias designadas por Ali Dordux, quedando todos los demás cautivos hasta que comprasen su rescate en determinado plazo y cantidad, pasó el comendador mayor de Leon á tomar posesion de aquella ciudad tan heroicamente defendida; tras él entraron varios cuerpos de tropas; plantáronse cruces y estandartes en los baluartes y torres; á su vista los prelados y clérigos entonaron arrodillados el *Te Deum*; guarneciéronse las torres y fuertes; se hizo un empadronamiento de los moros y se les obligó á entregar las armas; doce cristianos traidores de los que se habian pasado del real fueron asaeteados con cañas; los ancianos y mujeres se lamentaban por las calles, exclamando, dice el cronista, con lastimera voz: «¡Oh Málaga, ciudad nombrada é muy hermosa! ¡Cómo te desamparan tus moradores! ¿Dó está la fortaleza de tus castillos? ¿Dó está la fermosura de tus torres? ¿Qué farán tus viejos é tus matronas? ¿Qué farán las doncellas criadas en señorío delicado, cuando se vieren en dura servidumbre? ¿Podrán por ventura los cristianos tus enemigos arrancar los niños de los brazos de sus madres, apartar los hijos de sus padres, los maridos de sus mujeres sin que derramen lágrimas (3)?»

Continuaba Hamet el Zegrí encerrado en su castillo de Gibralfaro: mas como no hubiese quien le ayudara á prolongar su resistencia, fué aprisionado por un hijo del mismo Ali Dordux, que cargó cruelmente de grillos y cadenas al altanero caudillo, y así fué llevado despues á la fortaleza de Carmona. Ni un momento le abandonó su espíritu al valeroso musulman: digno era de mejor causa y de mejor tratamiento el heroico defensor de Málaga. El rey y la reina no quisieron entrar en la ciudad hasta que se limpió de los insepultos cadáveres que infestaban con su fetidez la atmósfera, y hasta que se purificó y consagró la mezquita principal. Entones hicieron su entrada solemne, acompañándolos en brillante procesion la corte, los prelados, todo el clero que habia asistido á la campaña, incluso el venerable cardenal Mendoza, con cruces y pendones, y dirigiéndose al nuevo templo, postrados todos dieron gracias al Dios de los ejércitos por el glorioso triunfo que les habia concedido (20 de agosto). El espectáculo que mas enterneció á todos, y muy especialmente á los reyes, fué el de los seiscientos cristianos que despues de muchos años de cautividad se presentaron recién sacados de las mazmorras, con sus rostros macilentos, su larga barba, sus miserables harapos que apenas cubrian sus enjutos cuerpos, y sus brazos y piés señalados por los hierros. Estos infelices, derramando lágrimas de alegría, quisieron prosternarse ante los soberanos sus libertadores, pero ellos, alzándolos cariñosamente, no consintieron aquella humilde demostracion, y contentándose con darles á besar sus reales manos, los despidieron enternecidos, mandando que se les suministrase alimento en abundancia y se les proveyera de medios para que pudiesen regresar al seno de sus familias y antiguos hogares. Los reyes erigieron á Málaga en silla episcopal, nombrando por primer prelado á su limosnero el docto y honrado don Pedro de Toledo, canónigo de Sevilla, sujetando á la diócesi varias villas y territorios de la costa, de la serranía de Ronda y de la Ajarquía. Se fijó tambien su jurisdiccion civil; se tomaron medidas para repoblar una ciudad que iba á quedar desierta de sus antiguos moradores, y se concedieron tierras y heredades á los cristianos que quisiesen habitarla.

Habíase hecho saber al pueblo congregado en los patios de la Alcazaba la terrible sentencia de su esclavitud, y llegó el caso de cumplirla. Los desventurados moros malagueños fueron repartidos como manadas de ovejas en tres porciones: de ellas una se destinó para rescate de cristianos cautivos en Africa; otra tercera parte se distribuyó entre los nobles, caballeros, capitanes y oficiales que habian concurrido á la conquista; la restante se aplicó á indemnizar al tesoro de los

(3) Pulgar, p. III, c. 93.

gastos hechos para la guerra. Al papa le fueron enviados cien gomeles, cincuenta doncellas moriscas á la reina de Nápoles, y otras treinta á la de Portugal: muchas tomó la reina para sí, y otras regaló á las damas y dueñas de su servidumbre. Concediase el rescate al que entregaba treinta doblas dentro del improrogable plazo de ocho meses (1).

Tal y tan trabajosa fué la conquista de la opulenta Málaga, y su defensa una de las mas heroicas y brillantes que hicieron los guerreros del islamismo. Los reyes de Castilla, dueños ya de la costa occidental del reino de Granada, tomadas las medidas que hemos apuntado y otras conducentes al gobierno de la recién conquistada ciudad y su territorio, regresaron con su victorioso ejército en la estacion del otoño á Córdoba, donde fueron recibidos en medio de aclamaciones populares, y se prepararon á emprender nuevas y todavía mas gloriosas campañas.

## CAPÍTULO VI

### Célebre conquista de Baza

DE 1488 Á 1489

Situacion del reino granadino.—Isabel y Fernando en Aragon.—Córtes de Zaragoza: lo que se hizo en ellas.—Digna contestacion de Fernando á un embajador de Francia.—Los reyes en Valencia, Murcia y Valladolid.—Van á Jaen á renovar la guerra.—Empréndese el famoso cerco de Baza.—El príncipe moro Cid Hiaya en Baza: el Zagal en Guadix.—Trabajos y dificultades para el cerco: conflicto y desánimo en el ejército cristiano: enérgica resolucion de la reina Isabel.—Tala general de las frondosísimas alamedas de Baza, hecha por los cristianos.—Hazaña de Hernan Perez del Pulgar: premio que obtuvo.—Embajadores del Gran Turco en el campamento de Fernando, y respuesta de la reina y del rey.—Inmensos servicios que desde Jaen hizo la reina al ejército: desprendimiento heroico de Isabel y de sus damas.—Rasgo igualmente patriótico de las doncellas moras.—Valor y serenidad de Cid Hiaya.—Ardid del príncipe moro, y astucia de Fernando.—Rigor y crudeza del invierno: los cristianos convierten su campamento en una poblacion: trabajos que pasan: desaliento general.—Admirable viaje de Isabel desde Jaen á los reales de Baza.—Pasa revista al ejército: entusiasmo.—Galantería del príncipe Cid Hiaya.—Capitulaciones: rendicion de Baza: entrada de Fernando é Isabel.—Generosa conducta del príncipe y de los caudillos moros.—Cid Hiaya negocia con el Zagal la rendicion de Almería y de Guadix.—Toman los reyes posesion de Almería: noble comportamiento del Zagal.—Tómanla de Guadix.—Suerte de Abdallah el Zagal.—Término feliz de la campaña.—Reflexiones.

La conquista de Málaga dejaba el reino granadino fraccionado en tres soberanos: los reyes de Castilla dominaban la parte occidental desde Illora y Moclin hasta Velez; en oriente obedecian al Zagal las ciudades y territorios de Almería, Baza, Guadix y la Alpujarra hasta Almuñecar: Boabdil, el rey Chico, sostenia en Granada una sombra de poder, circunscrito el antiguo imperio de los Alhamares á la capital y á las montañas mas vecinas. Hubiera Boabdil caido muy pronto de su vacilante trono, derrocado por el inconstante pueblo granadino, si Fernando, interesado en sostenerle contra el partido del Zagal y en mantener vivas sus rivalidades, no le hubiera ayudado enviándole una hueste al mando de Gonzalo de Córdoba, con que pudo reprimir las tentativas de rebelion. Tampoco Boabdil queria renunciar á la alianza de Fernando, y así los moros de Granada vivían entonces en perfecta tranquilidad con los castellanos.

Fernando é Isabel, terminada la conquista de Málaga, pasa-

(1) Duras fueron en verdad las condiciones, y cruel el castigo que se impuso á una poblacion cuyos moradores en su mayor parte no habian hecho sino defender heroicamente sus vidas, haciendas y lugares, muchos de ellos forzados por los rigurosos y tiránicos bandos de su gobernador. Esto da ocasion á William Prescott para mostrarse indignado contra los autores de tan inhumano tratamiento, de que culpa principalmente al rey Fernando y al clero, y no exime á la reina Isabel del cargo de haberlo consentido, si bien reconociendo que tan terribles medidas eran opuestas al carácter naturalmente piadoso, humanitario y compasivo de aquella señora, la disculpa en parte con la supersticion de la época y con el respeto que solia tener al dictámen de sus consejeros y directores espirituales. Hist. de los Reyes Católicos, cap. 13.

ron de Córdoba á Aragon, así con objeto de que reconociese aquel reino por heredero de la corona al príncipe don Juan, que contaba entonces diez años, como de reformar la administracion de la justicia y de la hacienda, y de corregir desórdenes y abusos que á la sombra de las particulares instituciones del país y con la turbacion de los tiempos y la ausencia de su soberano se habian introducido. Logrado este objeto, votado por las córtes aragonesas un subsidio para la continuacion de la guerra de Granada, y establecida en aquel reino la hermandad para la persecucion y castigo de malhechores á la manera que lo habian hecho antes en Castilla, partieron los monarcas de Zaragoza para Valencia con un propósito y fin semejante (1488). Reunidos en córtes los prelados, caballeros y barones valencianos, expusieron á los reyes los males y agravios que la provincia padecía. Los reyes aplacaron las turbulencias y bandos que agitaban y perturbaban aquel hermoso reino, restablecieron con su acostumbrada energía el imperio de la justicia y de la ley, é hicieron que no fuese el poder turbulento de los partidos, sino la sentencia legal de los jueces y tribunales la que decidiese las querellas entre los ciudadanos. Allí tuvieron noticia de que un embajador del rey de Francia habia llegado á Cataluña é intentaba hablarles de parte de aquel soberano á propósito de renovar las antiguas alianzas de Francia y de Castilla. Enviáronle nuestros reyes á decir, que si traía comision para entregarles luego los condados de Rosellon y de Cerdaña que el francés les tenia injustamente ocupados, viniese en buen hora y le recibirían con placer: mas si tal comision no traía, no pasase mas adelante y se volviese á su tierra. Como contestase el francés que si bien su embajada era de paz no traía aquel especial encargo, hicieronle los monarcas españoles cumplir su intimacion, y sin dar un paso adelante tornóse á su país sin que otras reflexiones le quisiesen escuchar ni el rey ni la reina (2).

Por el contrario, recibieron con mucha honra y oyeron muy benévolutamente al señor de Albret, que se les presentó á hablarles con mucho respeto sobre asuntos pertenecientes al reino de Navarra, de que no daremos cuenta ahora por no interrumpir la narracion del gran suceso que forma el objeto de los presentes capítulos. Despues de lo cual pasaron á Murcia (junio), á fin de preparar la conquista del reino granadino por la parte oriental, que no habia aun sentido el peso de las armas castellanas. La reina Isabel se quedó en Murcia atendiendo á los asuntos del gobierno, y Fernando se trasladó á Lorca con cuatro mil caballos y catorce mil peones (3). La villa de Vera le abrió fácilmente sus puertas, y los alcaides de Cuevas, los Velez, Castilleja y otras varias poblaciones se ofrecieron á ser sus vasallos y á vivir como mudejares. Esto le animó á hacer un reconocimiento sobre Almería, pero habiendo sido rechazado por el Zagal, replegóse y se corrió hácia Baza, donde tambien acudió el intrépido moro con sus valientes partidarios. Aquí la gente del marqués de Cádiz se vió envuelta en una celada y sufrió grande estrago. El rey, corriendo con el grueso del ejército, salvó la diezmada vanguardia, mas no pudo evitar la muerte del gran maestre de Montesa don Felipe de Aragon, su sobrino, cuyo cráneo deshizo lastimosamente un tiro de espingarda. El ejército se fué retirando hasta las márgenes del río Guadalquivor, y Fernando se volvió á Murcia, donde se hallaba la reina, dejando por gobernador de los lugares conquistados á don Luis Portocarrero, señor de Palma. Enorgullecido con estos parciales triunfos el Zagal, hizo varias

(2) Pulgar, Reyes Católicos, p. III, c. 96.—Zurita, Anal. de Aragon, libro XX.

(3) En otra ocasion hemos hablado de la inflexible severidad de la reina Isabel para el castigo de los crimenes sin excepcion de personas. Hallándose en Murcia ocurrió un lance semejante á los que en otro lugar hemos referido. El alcalde mayor de las tierras del duque de Alva y el alcaide de Salvatierra insultaron y apalearon á un recaudador de las rentas reales que iba con su escribano. Stúpulo la reina, y envió secretamente un alcaide de corte para que averiguara la verdad del hecho y le castigara en justicia. El alcaide, prévia una sumaria informacion, hizo ahorcar á uno de los delincuentes en el mismo lugar en que habia cometido el delito: al otro le envió ante los oidores de la chancillería de Valladolid, los cuales mandaron cortarle la mano derecha, y le extrañaron para siempre del reino. Pulgar, part. cit., cap. 99.

irrupciones y talas en tierras de cristianos, y Fernando é Isabel tuvieron que reforzar la línea de las fronteras; hecho esto, se fueron á invernar á Valladolid.

Fijo siempre su pensamiento en la santa guerra contra los infieles, y habiendo sucedido una primavera apacible á un invierno de lluvias y de inundaciones, que produjeron una espantosa escasez de granos y el desarrollo de una mortífera peste, trasladáronse los reyes á Jaen, donde Isabel queria fijar su residencia, como el punto mas á propósito para mantener comunicaciones con el ejército (mayo, 1489). Llegaba este, según los mas verídicos cronistas, á trece mil caballos y cuarenta mil hombres de á pié. Iban en él todos los caudillos que habian ganado prez en las campañas anteriores (1). El plan era cercar á Baza, ciudad considerable, y como la corte del pequeño reino en que imperaba el Zagal. Fuéronse los cristianos apoderando, con mas ó menos resistencia, de las fortalezas comarcanas. Entre las que la opusieron mayor fué la de Zuñar, cuyo valeroso alcaide Hubez Abdilbar batió la vanguardia capitaneada por el maestre de Santiago y peleó bravamente, siendo muy de notar una especie de máquina de guerra que empleó, y que consistía en varias calderas encadenadas rellenas de aceite hirviendo, que empujadas con impetu lanzaban á larga distancia el líquido abrasador sobre el enemigo. Esto entorpeció unos días la marcha del ejército; pero al fin el bravo alcaide tuvo que rendirse, aun cuando cedió con honra, alcanzando la condición de poderse trasladar á Baza con su gente. Sin embargo, no sin dificultades consiguió el ejército castellano tomar la cordillera de montañas que se levanta sobre aquella ciudad, porque á la voz y llamamiento del Zagal multitud de montañeses de la Alpujarra, gente ruda, ligera y belicosa, habia ocupado aquellas cumbres, desde las cuales arrojaban sobre los cristianos lluvias de balas y de saetas. Desalojados al fin los fieros alpujarreños, descubrió el ejército la hermosa ciudad de Baza.

Situada Baza á la falda oriental de unos collados que elevándose gradualmente forman la sierra de su nombre, dominando un amenísimo valle de ocho leguas de longitud y tres de latitud que se llama *la Hoya*, fecundado por las aguas de los ríos Guadalquivir y Guadalquivir, protegida la poblacion por el agrio recuesto que llamaban de Albohacen, y por algunos castillos que hacía aquella parte levantaban sus altas y robustas torres, pero guardados sus arrabales solamente por unos bajos y mal contruidos muros, parece que fiaba su defensa menos en sus materiales fortificaciones que en el valor de los soldados que la guarnecían y en la inteligencia y brio de su jefe. Era este el príncipe Cid Hiaya, primo y cuñado del Zagal, casado con Cetimerien (2), hermana de los dos famosos generales Reduan y Abul Cacim Venegas. Además de los diez mil hombres que contaba la ciudad mandados por diferentes caudillos, habia llevado Cid Hiaya de Almería otros diez mil que se distinguían entre todos los moros por su disciplina, por su táctica especial, por su agilidad y destreza en todo género de evoluciones y de ardides de guerra. El Zagal permanecía en Guadix para ocurrir á cualquier movimiento que desde Granada intentara el rey Chico; y Cid Hiaya tuvo la precaucion de encerrar en la ciudad cuantas vituallas encontró en la comarca, de hacer segar las mieses y arrancar las hortalizas de su rica campiña, y de trillar con los caballos lo que no podia ni arrancarse ni cortarse, para que no se aprovechara de ello el enemigo.

Fernando sentó sus reales orilla de las huertas, é hizo que el maestre de Santiago se internara por las alamedas con su caballería. Pero el príncipe Cid Hiaya habia parapetado su infantería entre las muchas casas de campo, torres y acequias, y entre el espeso y robusto arbolado que poblaba aquella vega fertilísima. Enredada la caballería de los cristianos, y no pudiendo maniobrar en aquel laberinto, tuvieron que desmontarse los jinetes y pelear á pié y cuerpo á cuerpo con los

(1) Fernando del Pulgar, en la parte tercera de su crónica, cap. 104, expresa los nombres de todos los capitanes que iban en la expedicion, y señala el número de soldados y de lanzas que mandaba cada uno, y el órden que ocupaban.

(2) Equivale al nombre español doña María.

emboscados moros en confusa refriega por espacio de algunas horas. Capitanes valerosos de uno y otro campo perecieron allí abrazados con sus enemigos: los de Baza vieron al fin con desconsuelo replegarse su gente á la caída de la tarde á las empalizadas contiguas á la ciudad, y los cristianos pasaron la noche velando sus tiendas (3). Conoció Fernando la necesidad de sacar el ejército de un terreno tan fragoso y de colocarle en paraje mas despejado. Hecho lo cual, reunió su consejo para tratar de la conveniencia de suspender ó continuar un cerco que tantas dificultades presentaba. Los mas de los capitanes, y entre ellos el marqués de Cádiz, opinaron por que se levantase; el comendador de Leon, don Gutierre de Cárdenas, fué de dictámen de que no podia ni abandonarse ni suspenderse sin gran desprestigio y descrédito del nombre cristiano. En tal conflicto determinó don Fernando, según su costumbre, consultar á la reina que se hallaba en Jaen, y oír su consejo. Isabel, que siempre solia decidirse por el partido mas animoso, y que nunca desconfiaba de la Providencia, contestó que no debían malograrse los inmensos preparativos que se habian hecho, y que no era ocasion de renunciar á tan grande empresa cuando tan abatidos se hallaban en general los musulmanes. La respuesta de la magnánima Isabel, y la seguridad que dió de que no faltarian al ejército víveres y dinero, infundió como siempre nuevo aliento á capitanes y soldados, y ya nadie pensó en desistir de la empresa, ni nadie cuidó sino de acreditarse por su denuedo ante los ojos de su heroica soberana.

La primera medida que se tomó fué dividir el ejército en dos campamentos; uno á las órdenes del marqués de Cádiz, y de los capitanes don Alonso de Aguilar, don Luis Portocarrero y los comendadores de Alcántara y Calatrava con la artillería; otro á las del rey mismo, con el maestre de Santiago, el conde de Tendilla y otros caudillos. Para poderse comunicar las dos huestes en las posiciones que tomaron era menester hacer una faja general en la huerta, de cuya operacion se encargó el comendador de Leon con cuatro mil taladores. Era el arbolado tan espeso y robusto, y defendían los moros con tal tenacidad el terreno, que á pesar de las gruesas columnas que protegían á los taladores, apenas devastaban estos cien pasos cuadrados por día, y duró la operacion cerca de siete semanas. Al fin cayeron á los golpes de millares de hachas los añosos y corpulentos árboles de la feracísima vega, y se estrechó la línea de circunvalacion, que se fortificó con trincheras, fosos, empalizadas y torres. Se intentó quitar á los sitiados el agua del Albohacen de que se surtian, mas no se pudo por la vigilancia y las medidas oportunas de Cid Hiaya.

Viendo el hazñoso Hernán Pérez del Pulgar que el sitio marchaba con una lentitud que no correspondía á su impaciencia, habló á otros jóvenes fogosos como él, y juntándose hasta doscientos jinetes y trescientos peones propusieron al rey que les permitiera hacer una excursion á la campiña de Guadix. Obtenida su licencia, salió aquella atrevida hueste; apresó ganados y labradores, incendió cortijos y alquerías mas al volver por el Val de Retama columbróse una fuerte columna de caballería que enviaba el Zagal, mandada por los once alcaides de los once castillos del Cenete. Unos proponían abandonar la presa y huir, otros opinaban por esperar á pié y pelear, los mas se creían perdidos, y todos vacilaban. En tal situación tomó Hernán Pérez del Pulgar una toca de lienzo y atándola como bandera á la punta de su lanza, «Señores, dijo: ¿para qué tomamos armas en nuestras manos, si pensamos escapar con los piés desarmados?... Hoy veremos quién es el ome esforzado é quién es el cobarde: el que quisiere pelear con los moros, no le fallestes vándera si quisiere seguir esta toca (4).» Y apretando los ijares á su caballo, arremetió hácia los moros. Sus palabras y su ejemplo alentaron á los demás, y

(3) El cronista Pulgar, que parece asistió personalmente á esta batalla, la pondera como una de las mas famosas que se dieron entre sarracenos y cristianos. «Puedese bien creer (dice) por los que este fecho de armas leyeren... que pocas ó ningunas batallas se leen haber acaecido tanta gente y en semejante lugar concurriese, é que tan cruel e peligrosa fuese e tanto durase, como la que en este día ovo este Rey don Fernando...» Crón., p. III, c. 106.

(4) Pulgar el cronista, c. 111.—Palencia, *De bello granat.*, libro IX.

todos cargaron con desesperada furia á los enemigos, arrollándolos y persiguiéndolos hasta dar vista á Guadix. Cuatrocientos moros quedaron en el campo. La hueste vencedora volvió llena de orgullo al campamento de Baza, y Fernando armó caballero á Hernán Pérez del Pulgar ante el conde de Cabra y Gonzalo de Córdoba (1).

El Zagal no por eso desistía de enviar desde Guadix socorros á los de Baza, si bien se los inutilizaban los cristianos, y el príncipe Cid Hiaya no cesaba de dar diariamente rebatos y combates contra sus sitiadores. Los esfuerzos de estos dos musulmanes formaban contraste con la inercia y el ocio de Boabdil el Chico, que le estaban desconceptuando para con sus mismos súbditos de Granada, á tal extremo que exasperados de su inaccion y negligencia conspiraban ya contra él nada encubiertamente. Mas al que tan indolente se mostraba contra los enemigos de su fe, no le faltó energía para castigar á los enemigos personales, haciendo prender á los conspiradores y cortarles inmediatamente las cabezas, con lo cual restableció algun tanto su decaída autoridad. La reina Isabel, á quien interesaba que se mantuviese todavía el rey Chico, le felicitó por aquel rasgo de severidad, y le facilitó algunos recursos para sostenerse. Entre tanto Cid Hiaya, á quien no abandonaba su ánimo aunque le abandonaran todos, continuaba incomodando á los sitiadores sin dejarles reposar ni de noche ni de día. Á todas las horas habia desafíos de caballeros moros y cristianos en la línea, y como no fuesen ventajosos á los castellanos estos combates parciales tomó el rey la providencia de prohibirlos.

Á este tiempo llegaron al campamento dos venerables frailes franciscanos, que venían de la Palestina enviados por el Gran Turco con cartas para los reyes de Castilla y de Aragón, quejándose de la guerra cruel que hacían á los moros de España, en tanto que él protegía á los cristianos que moraban en los Santos Lugares, y exhortándoles á que suspendiesen la conquista, ó de otro modo tambien él perseguiría á los cristianos de sus dominios y destruiría los templos y sepulcros de la Tierra Santa. El rey en el campo sobre Baza y la reina en Jaen recibieron muy cumplidamente á los religiosos embajadores, y por los mismos contestaron al sultan, informándole en muy mesurados términos de la manera injusta como los moros se habian apoderado en otro tiempo de España contra toda ley y derecho, de los insultos y agresiones alevosas que todos los dias estaban recibiendo de ellos los cristianos sus súbditos naturales, los cuales no hacían sino defenderse á sí mismos y defender un territorio legítimamente poseído antes de la invasion musulmana; que si él trataba bien á los cristianos de la Palestina, tambien los reyes de España guardaban toda consideracion con los mahometanos sometidos á su imperio. Con esta contestacion despídieron benévolaemente á los embajadores (julio), y aprovechando la reina esta ocasion de acreditar su piedad, le dió un velo bordado por su propio mano para que le pusieran sobre el Santo Sepulcro de Jerusalem, y concedió á los cristianos de la Tierra Santa mil ducados anuales para su culto (2).

El sitio continuaba con brio, y Cid Hiaya no daba muestra de flaqueza, ni cesaban los combates, no siempre con éxito igual para unos y para otros. No faltaban nunca las provisiones en el campamento cristiano, gracias al celo y actividad de la reina Isabel, que desde Jaen, asistida del gran cardenal, cuidaba de la adquisicion de víveres, compraba todos los cereales de Andalucía y la Mancha, y los hacia trasportar con una regularidad admirable, á cuyo fin habia hecho abrir un camino de siete leguas de mal terreno, por el cual iban y venían hasta catorce mil acémilas que habia contratado para los trasportes y estaban en continuo movimiento. Cuando le fal-

(1) La reina y el rey le concedieron además un escudo de armas con un león de oro en campo azul, levantando con su zarpa una lanza á cuyo extremo ondea una toca; en la orla se divisan los once alcaides vencidos, y por lema se lee *Tal debe el hombre ser, como quiere parecer*. Esta máxima fué elegida por Pulgar, tomada de un filósofo griego.

(2) Bernaldez, *Reyes Catól.*, c. 92.—Palencia, *De bello granat.*, lib. cit.—Posteriormente enviaron los reyes al Turco al ilustrado Pedro Mártir de Angleria para que esforzase sus razones, y evitase algun disgusto á los cristianos de aquellos países.

taban recursos, vendía sus aderezos y vajilla para atender á la manutencion de sus guerreros, y las damas de su corte, que no eran insensibles al ejemplo de su reina, prestaban ó vendían sus joyas por que no faltase pan al soldado. En honor de la verdad las damas moras de Baza no cedieron en desprendimiento y generosidad á las de la corte de Castilla, que tambien ellas se deshicieron de sus zarcillos, gargantillas y brazaletes para el propio objeto. «Si los nuestros vencen, decían, no nos faltarán preseas; y si son vencidos y hemos de ser esclavas, ¿para qué queremos estos adornos?»

Quiso el príncipe Cid Hiaya demostrar á Fernando que no le faltaba ni corazón á él ni mantenimientos á sus soldados para sostener el sitio, por mucho que le prolongara. Un día hizo enarbolar bandera de parlamento, á cuya vista envió el monarca español dos hidalgos de su corte para que oyeran las proposiciones del príncipe moro y conferenciaran con él. Al día siguiente regresaron los dos parlamentarios al pabellon real, y Fernando, que esperaba le traerian proposiciones de capitulacion, se quedó absorto al oírles referir lo que les habia pasado. Cid Hiaya los habia llevado á visitar sus almacenes, y enseñádoles los acopios de trigo y de legumbres, y las tinajas de aceite que en ellos tenia, además de las provisiones que habia de reserva en muchas casas particulares, para alimentar por largo tiempo la guarnicion. Dióles además un magnífico caballo con vistosos jaeces, y en cuyas ricas guarniciones sobresalía una esmeralda de gran tamaño y precio, para que le regalase al rey Fernando en muestra de su consideracion. El monarca aragonés, que no esperaba semejante resultado, sintió vivamente picado su amor propio con la arrogancia y orgullo del príncipe musulmán, y mandó que inmediatamente le fuera devuelto su caballo, diciéndole que los reyes de España no acostumbraban á admitir regalos de sus enemigos, y que si contaba con provisiones para resistir, al ejército cristiano le sobraban para mantener el sitio todo el tiempo que fuese menester. Despues de lo cual, con mucha astucia y destreza hizo cundir entre las tropas la voz de que todos aquellos acervos de grano de que el moro habia hecho alarde no eran sino una capa que encubría montones de piedra y tierra, así como las tinajas no tenían sino la superficie de aceite, y que todo habia sido una estratagema de Cid Hiaya para ocultar la escasez de sus mantenimientos y engañar á los emisarios, á fin de que ellos mismos, informando á los reyes y al ejército, infundieran el desánimo y les quitaran toda esperanza de rendicion.

Llegóse en esto la estacion de las lluvias (setiembre y octubre, 1489), en la cual fiaban los moros, persuadidos de que los torrentes que solían desprenderse de las colinas inundarian el campo, destruirían las tiendas y obligarian á los cristianos á levantar el cerco. Mas no tardaron en ver con desconsuelo burladas sus esperanzas, al observar que el enemigo se prevenia contra los rigores del invierno, ocupándose todo el ejército en construir y levantar chozas y aun casas de tierra y de madera, para lo cual les sirvieron grandemente los árboles cortados en la huerta, cubiertas algunas con teja, pero las mas con ramaje y lodo solamente. Los moros vieron con asombro concluida en pocos dias una especie de poblacion regular y simétrica (3), en que descollaba el alojamiento del rey con las banderas de Castilla y Aragón entrelazadas. Sin embargo, no en vano habian fiado los habitantes de Baza en la crudeza de la estacion por el conocimiento que tenían del país. Las lluvias sobrevinieron en abundancia acompañadas de fuertes vendavales; descendían de los cerros los torrentes embravecidos; inundábanse las estancias, y muchas de las débiles techumbres se desplomaban sobre los soldados que debajo de ellas se cobijaban. Lo peor fué que los caminos se pusieron intransitables, se interrumpieron los convoyes de Jaen, y una gran parte del ejército acampaba en barrancos, sufriendo las molestias y penalidades de la humedad, del hambre y del frío. Empezaba á cundir el desaliento, y el mismo Fernando tuvo tentaciones de levantar el sitio.

Pero en tales y tan extremos trances y conflictos habia siem-

(3) No de sólidos edificios, como dice Prescott, pero sí de algunas mas resistencia y abrigo que las ligeras tiendas de lienzo.